

NOVEDADES

Tablero de Enfrente

De Alemania a Buenos Aires

Por Emilio Uranga

III

Desde su más verde juventud, José Ortega y Gasset ya había adquirido de por vida el odio al hombre de letras, al écrivain de suces. Sus motivos eran circunstanciales y anecdóticos; pero jamás cambió la opinión de que cualquier capricho suyo por el que respiraran el tiempo o el hombre, era algo así como una "razón vital", excusa a plenos pulmones, pese a que los suyos, por confesión expresa, eran los de un precoz tuberculoso. Esta creencia en la radical inferioridad de los escritores frente a los filósofos lo hizo fuerte durante medio siglo, y explica muchas de sus "expectoraciones". Entre otras, ilustres, su inquina en contra de Goethe y de Alfonso Reyes. No seré yo tan menguado como para darle, o dejarle de dar la razón, dados ciertos señoritos del "boom" latinoamericano que padecemos en nuestros días. Empezando porque no atinan ni a dar con el equivalente español de este pochismo y que está a la mano: auge. Si para Ortega los hombres de letras eran, par excellence, los franceses, en nuestros días son de nuestra inmediata y propia tierra; latinoamericanos, vivaldistas (aquí en México se dice vivales) a lo Alejo Carpentier, ¡futuro premio Alfonso Reyes! Pero pasemos.

Si en su ojeriza en contra de los hombres de letra decimonónicos no le dejaban de asistir... ¿qué diré?, ¿móviles?, los años que nos han sucedido después se los han quitado todos a su peregrina o ingenua, aldeana idea, de que en vez de los señores de pluma habrían de ocupar la vigencia los filósofos. ¡Si señor, Ortega se dio a pensar que los filósofos substituirían con ventaja -no para su personal ventaja-, a esos escritores de éxito, de auge, de "boom", o de embajada en París! Una de las tantas profecías en que el madrileño ni sospechaba que, entre gitanos, no se echa la buena ventura. Nunca supo hacer justicia a Andalucía. ¡Mal se lo ha habido!!

Ortega era contundente, por lo menos en la expresión precisa de su extravío, ya cuando su vida declinaba a más no poder: "¿es la literatura un salvavidas suficiente en el gran naufragio que es la vida humana?" (p. 561-T.IX). Desde luego que no, pero, mientras tanto, entretiene, adormece. ¿Ortega no fue capaz de percatarse de que en Latinoamérica la literatura es el opio de los pueblos? Por lo visto y leído, desde luego que no. Excusaba a los franceses de esta miopía dada su gran tradición, aunque su remedio fue peor que la enfermedad. La filosofía tampoco era salvavidas suficiente para rescatar de ese gran naufragio que es la vida humana. Y mucho menos en Alemania y en Buenos Aires. En un caso, Alemania, Ortega tuvo ocasión de vivir épocas en que los alemanes "culturalistas", con Hermann Cohen a la cabeza, ¡un judío!, suponían honestamente que todo lo salvarían las ideas, hasta que Hitler los convenció de lo con-

trario, a palos y a cremat campos de concentración cismo batiente. Y, ¿en Latrca? Bueno, el señor O Gasset inauguró en Buenc no en México -quiero que e de muy en claro- la beateria por la cultura española sin "refugiados". Este fenómeno -del que me ocuparé en próximos artículos- es capital. Los argentinos se quedaron con Ortega y sus epígonos. En cambio aquí, en la Muy Noble y Leal Ciudad de México, no ocurrió de la misma manera. Anticipando tesis: la emigración española de la Guerra Civil fue asimilada y sacrificada a la vez, por los devotos de Vichilobos. En otra parte he dicho se entiende: en otro artículo- que si Ortega y Gasset hubiera tenido agallas para venir a México, nos lo hubiéramos devorado igual que a don José Gaos. De esa generación Trinitaria, y tan católica: el Padre fue Ortega, el Hijo, José Gaos y a mí, modestamente, me tocó ser el Espíritu Santo. Me distraje, y, en vez de hablar de la literatura, dí en comentar la filosofía, sustancial, española, y accidental, mexicana. Pero este es otro cuento. Sigamos.

Es admirable que, durante medio siglo, Ortega creyera devotamente en las virtudes de la filosofía. Y aún me da por pensar que, ya en vísperas de su fin y término conservaba intacta la convicción en tan "chapada dama", pese a que, alemanes muy calificados, le hubieran advertido que no había de tomar las cosas tan en serio, tan prolongadamente. Los filósofos alemanes se habían manifestado como unos "sapos". No se habían opuesto al nazismo, si es que no eran nazis declarados y confesos como Heidegger- pero los "oposicionistas" se habían largado a los Estados Unidos como catedráticos en Princeton. Ortega, el hombrecillo de aldea, nada de esto se daba a maliciar..

El epistolario de Ortega nos ilustra sobre las ingenuidades de quien, comenzando su vida intelectual en Alemania, terminó sus amores en la tierra del general Perón. Estos son los marcos que algún beato llamará externos, pero que con un poco de conciencia se interiorizan en el propio cuadro y lo impregnan con su brutalidad de palo senil. Me he extendido en estos comentarios sobre la "ingenuidad" de Ortega, y la he subrayado con anécdotas que muchos juzgarán superficiales y "bohémias". Pero creo que ya es hora de que tomemos conciencia de que nuestros maestros fundadores han sido irresponsables, y de que nos contagiaron durante muchos años de su irresponsabilidad. Todavía estamos a tiempo de recuperar el tiempo malo de fariseísmo, recobrándolo con acciones de rescate de auténtico realismo, sin "boom", sin auge, sin literatura de "viva la Virgen". Una filosofía más madura dará cuenta de un literatismo inmaduro, pero esto, ¿para cuándo? Yo no hablo ni por mis hijos ni por mis nietos.